

vas que acompañan los artículos periodísticos—, para reponer los sentidos y las referencias de un discurso como el de la prensa que suele envejecer aceleradamente.

Acreditando un enorme trabajo de archivo y recuperación de fuentes, un prolijo aparato crítico que resulta amable y vuelve más accesibles los textos, la edición de este volumen permite —con la lectura de conjunto de materiales que permanecían hasta este momento aislados— continuar complejizando miradas sobre importantes aspectos socioculturales relacionados con las producciones discursivas de la segunda mitad del siglo XIX. De modo que el acceso a esta producción no es sólo relevante para complementar aproximaciones críticas a la obra de Eduarda Mansilla, sino que —gracias a que colabora en la reposición de una voz femenina en los avatares de consolidación de los campos literario y periodístico porteños de la transición hacia siglo XX—, se puede continuar ampliando las perspectivas que hasta el momento teníamos sobre ciertos fenómenos convergentes que podemos indagar ahora con nuevos matices, como el afianzamiento de los circuitos periodísticos o la ampliación del lectorado.

Carlos Hernán Sosa

Universidad Nacional de Salta,
Argentina / CONICET

Julio Alexis León. *El mundo al revés. Estudio y anotaciones a los Zorros de Arguedas.* Lima: Hipocampo Editores, 2015. 430 pp.

José María Arguedas (1911-1969) es sin duda uno de los íconos más representativos de la literatura del mundo andino en nuestra América. En efecto, desde la publicación de su primer libro de relatos, *Agua*, en 1935, a los veinticuatro años de edad, hasta el innovador y crucial *El zorro de arriba y el zorro de abajo* (1971), dado a conocer póstumamente, tras su trágico suicidio en noviembre de 1969, Arguedas se ha constituido en uno de los mitos legendarios más enraizados en la conciencia actual de la sociedad peruana en su conjunto.

Y no es casual que usemos la palabra mito para referirnos a su condición imaginaria en el horizonte cultural peruano y andino, toda vez que su obra literaria está insuflada —y en gran parte basada— en la mitología ancestral prehispánica que habita hasta hoy en el corazón del hombre del Ande. Este es justamente uno de los pilares centrales en que se funda la investigación realizada por el profesor Julio Alexis León en el libro que aquí nos ocupa. *El mundo al revés. Estudio y anotaciones a los Zorros de Arguedas* es una precisa y detallada edición crítica de la novela *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, situada en nueve explicativas “coordenadas” (así las llama el autor del trabajo) que van pautando nuestra lectura, la cual, en cierto modo, reordena la estructura original del último libro arguediano.

Como queda dicho, el mito es un componente fundamental del

relato, es decir de la historia novelesca en sí; pero también de los *Diarios* (cuatro en total) que van intercalados entre los capítulos de la narración cuyas acciones ocurren en Chimbote, a la sazón –los años 1960– el puerto pesquero, productor y exportador de harina de pescado más grande del mundo. Julio Alexis León expone la presencia mítica en los *Diarios* (exactamente en el tercero) mediante el notable encuentro del narrador con un árbol –un enorme pino de más de cien metros de altura sito en Arequipa– con el que Arguedas entabla una conversación perfectamente enmarcada en lo que llamamos pensamiento mágico para diferenciarlo de la racionalidad occidental cartesiana. Esto le sirve a León para explicitar que estamos ante “una percepción que se alimenta del universo cultural quechua, pero que ahora, sin embargo, mediante este procedimiento innovador de Arguedas, podemos leer a través del código letrado de la novela” (38).

Igualmente ocurre con el diálogo de los zorros, personajes míticos que aparecen en la parte final del “Primer diario” y al finalizar el primer capítulo; seres mitológicos trasladados al libro que comentamos desde *Dioses y hombres de Huarochiri* (1966), traducción al español hecha por Arguedas de los mitos andinos recopilados a principios del siglo XVII por el extirpador de idolatrías Francisco de Ávila en quechua. Esta racionalidad mítica va a realizar “un acto de subversión al quechuizar un producto completamente occidental, la novela” (47) porque Arguedas no intenta “mostrar ni acomodar el quechua a la

lengua castellana, sino que escribía desde la visión quechua con todas las implicancias de esta cosmovisión” (47). Este es un asunto central, ya que pone en evidencia el carácter sui generis de nuestro autor en el marco del movimiento indigenista, al punto de sobrepasarlo; es decir, Arguedas no sería propiamente un escritor indigenista, sino uno indio –culturalmente hablando– debido a su condición de mestizo criado con y entre indios por la específica peripecia biográfica que le tocó vivir. Julio Alexis León afirma respecto a este tópico: “Arguedas, quien no se consideró un indigenista, sino un traductor cultural, quería expresar en castellano lo que él mismo pensaba en quechua” (45).

Aquella peripecia vital aludida, que fue –como se sabe– el verse obligado por su madrastra a convivir con la servidumbre indígena de la casa-hacienda que habitó en la más tierna infancia, constituye el episodio esencial de la formación psicosocial y espiritual del futuro escritor. Sin duda, esto es lo que le va a permitir “pertenecer a dos mundos diferentes y enfrentados” (29). A partir de allí, se forja “el drama cultural e intelectual que impulsa toda la obra de Arguedas: rescatar la cultura andina del olvido y, como lo hace en todos sus escritos, hacer una defensa cultural del mundo quechua” (35). El choque de esos dos mundos encontrados es justamente lo que va a fascinar al gran escritor cuando se encuentra ante lo que ocurría en el Chimbote de los años 60 en el Perú: la avalancha migratoria andina sobre las ciudades de la costa y su proceso de

fusión cultural, que se manifiesta en la creación de otro castellano sobre la base de la sintaxis y morfología quechuas. Esta nueva y simbiótica lengua es la expresión de un tránsito hacia la transformación del ser nacional: “Ante la naciente y próspera industria del pescado, estos campesinos serranos habían iniciado su invasión silenciosa, generando un mundo de confluencia étnica y cultural inédita por su heterogeneidad” (59). Sería el distintivo fenómeno denominado –ya en los 1980– como lo *chicha*. Para empezar, el mencionado diálogo entre los zorros (que sintomáticamente da título al libro) “simboliza la comunicación ancestral entre las dos áreas geográfica y tradicionalmente separadas” (51). Es decir, la sierra y la franja costera bañada por el Pacífico. Es en el puerto de Chimbote donde, según Arguedas, se produce el encuentro y fusión entre el zorro de arriba (los Andes) y el zorro de abajo (la costa); dualidad que va en paralelo con la estructura de la novela: “los Diarios y el relato, la narración de la agonía y el nacimiento de un pueblo, respectivamente” (54). Ese pueblo sería la futura nación peruana –*chicha*– en transformación hacia una nueva identidad.

La agonía es propiamente el testimonio de su periplo hacia la autoaniquilación. Paso paso –en los *Diarios*– asistimos al terrible desenlace, una de cuyas principales razones es, según el mismo escritor, la imposibilidad de continuar escribiendo la novela; la cual quedará inconclusa. En este sentido, León enfatiza el carácter novedoso e innovador del libro en tanto artefacto literario en el que alternan dos dis-

cursos que se complementan en la estructura de su dramático proceso creador, en medio del deslumbramiento que Arguedas experimenta ante “ese insólito escenario de choque y aculturamiento del que era testigo y que producía el ingreso violento de estos migrantes que venían de una relación social precapitalista y feudal ante el empuje trepidante y veloz de la modernidad capitalista” (60). A dicha ebullición se refiere Arguedas cuando tipifica de “Hervores” a los capítulos culminantes de la novela y que ya no podrá escribir. El estilo “fragmentado, irregular, múltiple y caótico” (61) de los capítulos narrativos son fiel expresión no sólo de un mundo dividido, sino en trance de formarse (recordemos la frase de José Carlos Mariátegui: el Perú es una nación en formación). Podemos entonces abrigar la esperanza de que ese nuevo país que José María Arguedas soñó ante el anuncio que se prefiguraba frente a sus ojos –y a su sensibilidad y amor por nuestro pueblo– en la cruda y desgarrada realidad de Chimbote esté cada vez más cerca de nosotros, superando las agudas tensiones en que se funda la sociedad peruana. Creemos que el trabajo de Julio Alexis León es una decisiva contribución en la perspectiva de dicha transformación histórica.

Roger Santiváñez
Temple University